



Fig. n.º 33.- Delgado, Paco (2013): *Colores del toreo. Descripción y guía de los colores de los trajes de torear*. Fotografías: Juan Pelegrín. Prólogo: François Zumbiehl, Barcelona, Edicions Bellaterra.

Los colores del toreo, recientemente publicado por la editorial Bellaterra, pone de relieve la importancia capital del traje de luces en la Fiesta, su evolución histórica y significación. El color es un elemento esencial del vestido de torear con su lenguaje específico.

El traje de torero que ha llegado a la actualidad es fruto de un complejo proceso, tratándose de un atavío absolutamente ori-

ginal y opulento que distingue al matador y su cuadrilla de cualquier otra profesión. Su origen se remonta al siglo XIX cuando fue codificado por Francisco Montes, *Paquiro* (1805-1851), torero andaluz nacido en Chiclana de la Frontera. Montes fue una primerísima figura de su tiempo al que le debemos la publicación en 1836 de su célebre tratado *Tauromaquia completa*, donde reivindicaba la heroicidad del torero y sentaba las bases de su atuendo.

El origen de los festejos taurinos en la península ibérica se remonta a tiempos remotos. Es una tradición fuertemente enraizada que ha pervivido de una manera sorprendente a través de los siglos. Durante la Edad Moderna los lances taurinos consistían fundamentalmente en espectáculos cortesanos protagonizados por nobles caballeros que mostraban sus dotes como experimentados jinetes, aunque desde muy antiguo se tiene constancia de la celebración de fiestas taurinas marcadamente populares con toreros de a pie. Los documentos históricos se refieren, casi siempre, a la celebración de “juegos de toros y cañas”. Los juegos de cañas consistían en una suerte de combates simulados mientras que la lanzada y el rejoneo sí conllevaban riesgo, pero el caballero español debía desplegar en el coso una serie de habilidades supuestamente inherentes a su condición, tales como la templanza y el dominio de la monta.

Durante los siglos XVI y XVII los toros tuvieron un papel muy destacado en los esparcimientos sociales. La expectación en torno a los festejos de carácter cortesano era impresionante. Las corridas se prolongaban durante horas y tenían un decisivo componente visual en el atavío de los rejoneadores y sus cuadrillas. El gran despliegue de riqueza que hacían los caballeros rejoneadores nos lleva a considerar las fiestas de toros no sólo como una manera de exhibir sus dotes, sino también el escenario adecuado para mostrar la suntuosidad de su atavío. Durante el Antiguo Régimen las consignas

en materia de indumentaria eran claras: las personas de alto rango debían vestir conforme a su estatus.

La llegada de los Borbones a la Corona española en la persona de Felipe V trajo consigo numerosos cambios sociales. El nuevo rey no gustó de las corridas y en 1723 promulgó una ley por la que se prohibía a la nobleza la ejecución de los lances taurinos. Este hecho trajo consigo una modificación del espectáculo y ser torero se convirtió en una profesión.

El primer signo distintivo usado por los matadores del que se tiene constancia fue una simple banda. Ya en la segunda mitad del siglo XVIII adoptaron el traje de majo madrileño para salir al ruedo. Este atuendo era similar a otros trajes populares, pero se caracterizaba por su vivo colorido y su profusa decoración a base de cintas, caireles, cordones, pasamanos, charreteras y galones. Los toreros, por tanto, comenzaron a uniformarse, ya que hasta ese momento gozaban de bastante libertad. Poco a poco sus retribuciones fueron ascendiendo, lo que lógicamente repercutió en la riqueza de su vestimenta.

El sevillano *Costillares* (1743-1800) solicitó a la Real Maestranza de Sevilla permiso para poder usar galón de oro tal y como lucían los rejoneadores. Asimismo organizó las cuadrillas a las órdenes del matador, reservando para los subalternos los adornos de plata mientras el maestro era el único que podía llevarlos de oro. Con toda esta herencia, Francisco Montes codificó el vestido de torero romántico y moderno ya totalmente desligado del traje de uso civil. Un atuendo que ha llegado a nuestros días conservando la estética del siglo XVIII en cuanto a la vistosidad, el arriesgado colorido y la opulencia. Según apuntan los entendidos, es más que probable que *Paquiro* reparara en los uniformes del ejército napoleónico y se inspirara en su riqueza a la hora de concebir el traje de torero ya que las tropas francesas desplegaron una pompa y suntuosidad sin precedentes.

A partir de 1812 los honorarios percibidos por los toreros fueron aumentando sustancialmente: un par de años más tarde un primer espada ya percibía 3.000 reales más un sobresueldo a mitad de temporada asignado al vestido. Francisco Montes introdujo cambios en la forma del traje y en su decoración. El terno aparece profusamente bordado con lentejuelas, alamares, borlas y pasamanería, elementos usados desde antiguo pero dispuestos de una manera completamente novedosa y abigarrada. La chaquetilla se acorta, ya que la faja debe asomar por detrás, y se abren las sisas. Las hombreras adquieren gran volumen y la taleguilla se alarga y entalla como si fuera una segunda piel. El calzado se convierte en zapatillas, planas y flexibles. Por último, señalar que *Paquiro* introduce hacia 1835 la montera, un tocado absolutamente original, realizado con piel de astracán y cuya forma se asemejaba a un casco. La montera es siempre negra aunque ha ido variando su forma a través de los tiempos.

El color es esencial en el traje de luces. En un primer momento los sastres no tenían una gran variedad para ofrecer: los más comunes eran el blanco, el azul y el rojo. Llegados al momento actual existe la posibilidad de elegir entre unos cien tonos diferentes, siendo las gamas de rojos, verdes y azules bastante amplias. El amarillo es, salvando contadas excepciones, un color detestado en los ruedos, pues los toreros suelen ser supersticiosos y controlan con exactitud su puesta en escena siguiendo paso a paso un determinado ritual que comienza mientras son ayudados a vestirse por el mozo de espadas hasta que se colocan el capote de paseo antes de pisar el ruedo.

El traje de luces es una verdadera joya, heredero de una rica y compleja historia. Una creación genuinamente española plena de matices y significados que permanece viva después de casi doscientos años.

Bárbara Rosillo
DEA en Historia del Arte